

cuya demostración siempre había sido el signo inofensivo de los que abandonaban sus banderas para seguir las contrarias; pero la llegada oportuna de los Generales Alatorre y Naranjo y la del Coronel Diódoro Corella con el batallón de Durango, impidió el avance, obligando al enemigo á emprender la retirada, después de sufrir la pérdida de los Tenientes Coroneles Ceballos y Sosa, y Comandante Franco, así como la de muchos oficiales.

La fuerza imperialista volvió á la plaza bastante destrozada, habiendo hecho en ella la muerte espantosos vacíos: los republicanos tuvieron cosa de 100 hombres fuera de combate: el General Treviño que mandaba la línea salió herido en una pierna.

Esta fué la última é infructuosa tentativa que hicieron los imperialistas sobre los sitiadores. La falta de víveres, el agotamiento de municiones, la muerte de muchos de sus valientes y acreditados jefes, el tifo propagándose ampliamente en una atmósfera viciada, las deserciones en vasta escala, y, en fin, la ninguna esperanza que se tenía ya del auxilio de Márquez, á cuya derrota aún no se quería dar crédito, habían agotado el vigor y relajado la moral del soldado, comenzando entonces á pensar seriamente en lo desesperado de la situación.

Una atmósfera de plomo pesaba sobre los defensores de la plaza; se presentía ya un porvenir siniestro, que engendrando de pronto el despecho y la duda, estallaba en actos de crueldad, en proyectos descabellados como de quien no teniendo ya nada que perder, ningún caso hiciera de las consecuencias que pudieran sobrevenir.

Los republicanos aumentaban sus trabajos de circunvalación, sus baterías y su efectivo: el sitio se estrechaba velozmente; el hambre se hacía más inaguantable; y para neutralizar un tanto los malísimos efectos de la situación, se acudía como remedio al engaño y á la mentira, anunciándose por medio de escritos y notas apócrifas, atribuidas á Márquez y á Vidaurri, la próxima llegada de éstos á Querétaro, y la organización que *dizque* habían dado á sus tropas,<sup>1</sup> celebrándose ta-

<sup>1</sup> Como muestra de lo aseverado, publicamos este documento:

"Ejército de operaciones.—División de reserva.—Duplicado.—Señor: En la incertidumbre de que llegue la presente á las manos de V. M., omito los detalles relativos á la organización de este ejército de operaciones, y á las diferencias naturales con que hemos luchado el Sr. Márquez y yo para proceder conforme á las órdenes de V. M. Básteme decir

les embustes, que una multitud ignorante acogía alegremente, con repiques y salvas de artillería, lográndose con ello combatir, aunque sólo por el momento, la desmoralización que cundía por todas partes, y alimentar en los corazones de algunos cándidos la esperanza de un desenlace favorable á aquella desesperada situación.

Para impedir el hambre, Castillo hizo publicar un bando, que condenaba á muerte á todos los que no denunciaran, en el término de 24 horas, los cereales de todas clases que hubiesen ocultado: algo como un vértigo espantoso se había apoderado de los imperialistas. "Proveerse de dinero para toda eventualidad, era el único pensamiento que los dominaba, y sin detenerse en los medios de adquirirlo, por inicuos que fuesen, dieron ensanche al robo y á la depredación. No quedó entonces ultraje por cometer, y nacionales y extranjeros experimentaron toda la crueldad de una soldadesca codiciosa y desesperada.

"Los hombres enfermos, los viejos, las señoras y los niños en lactancia, no escaparon al rigor de una coacción verdaderamente salvaje. Los ciudadanos vieron allanadas sus casas, maltratadas á sus esposas y á sus hijas, fracturadas las puertas de sus hogares, y todo esto autorizado por el Príncipe, que traía en la mano, según decía, el sagrado lema de "Equidad en la justicia."<sup>1</sup>

Actos de verdadero salvajismo se ejercieron en contra del vecindario, sin que fuera una excepción ni el sexo, ni la edad, ni la posición social, ni el estado afflictivo de un pueblo, agotado y consumido, que

á V. M. que al fin estamos de marcha, y que van á principiar nuestras operaciones sobre los sitiadores de esa plaza.

"Tengo la honra de participar á V. M., como en mis despachos anteriores, que el Gabinete quedó constituido según los deseos de V. M., y que en mi ausencia lo presidirá el Excelentísimo Señor Iribarren, cuyo prestigio y energía son bien conocidos de V. M.

"El entusiasmo de la Capital y el estado de defensa en que se encuentran son altamente satisfactorios.

"Señor.—El Ministro de Hacienda, *Santiago Vidaurri*.—Ixtlahuaca, Abril 23 de 1867."

El anterior escrito fué publicado en el "Boletín Oficial" de Querétaro, en unión de otro de su clase, que por su extensión no reproducimos, y en el cual se comunicaba por Márquez, con fecha 27 de Abril y desde Monte Alto, la supuesta salida de la Capital de un numeroso ejército imperialista, bien provisto de todo, y que marchaba en auxilio del Archiduque.

<sup>1</sup> Juan de D. Arias.—Obra citada.—Páginas 206 y 207.



no contaba con más recursos que sus harapos y su miseria, sus temores y su desesperación.

Para proporcionarse numerario, fueron expedidos varios decretos, bárbaros y draconianos, lo mismo acerca de las personas, que de la industria y el comercio y la propiedad urbana, conminando para el pago, breve y perentorio, con penas severas y tan crueles, que muchas equivalían á la muerte.

Los súbditos españoles Don Luis Mutuzarria, Don Angel de la Peña y Don Juan Llata, y los nacionales, Don Guadalupe Barragán, Don Joaquín Borbolla, el Canónigo Ladrón de Guevara, Don Luis Zaldívar, Don Santiago Carmona, Don Gregorio Juárez, Don Pedro Castera y otras personas tan respetables como las anteriores, cuya lista aumentaría demasiado este capítulo, fueron víctimas de la arbitrariedad y el despotismo de los imperialistas: á varios de aquéllos, como Llata, el anciano Zaldívar y Castera se les puso en una trinchera á recibir el fuego de los sitiadores, hasta que no entregaron el dinero que se les tenía pedido; otros sufrieron privaciones y castigos horrendos en oscuros calabozos, y los demás vieron sus propiedades puestas á saco, y extraídas de ellas cuantas semillas y otros efectos de comercio se encontraban allí guardados.

“En suma, el allanamiento, la fractura, los golpes, la prisión, el plagio, la privación de alimentos, y la exposición de las personas en los reductos y trincheras más peligrosos, estuvieron á la orden del día, pudiendo asegurarse que esas violencias y atropellos superaron en mucho á lo más reprobado que se había visto en nuestras revueltas intestinas, pudiendo formarse idea, aunque vaga, de lo que padecieron los queretanos en su persona é intereses, sin distinción de amigos ó enemigos del Imperio, con sólo tener en cuenta que de una población tan pobre, de solo 41 personas de quienes se pudo tomar informes, se sacó en cortísimo plazo, la enorme suma de 253,435 pesos 40½ centavos, acreditados con sus justificantes respectivos.”<sup>1</sup>

Querétaro quedó casi destruído, y ha sido necesario el transcurso de los años y los beneficios de una larga y fructífera época de paz, para que haya podido reponerse de tanto contratiempo como tuvo en la época tormentosa que, aunque sucintamente, hemos tratado de describir.

<sup>1</sup> Juan de D. Arias. Obra citada.

Emperador Maximiliano, que parecía ajeno á este horrendo estado de cosas, dirigió á Márquez con fecha 7 de Mayo la siguiente extravagante carta:

“Mi querido General Márquez: El estado físico y moral en que después de 64 días de sitio riguroso se encuentran nuestro ejército y el pueblo de Querétaro, hace que la defensa de la plaza sea imposible por un período de tiempo más largo.

“Os remitimos juntos con la presente algunos ejemplares de los decretos que nos hemos visto obligados á expedir, y ellos os darán idea de la penosa situación que guardamos. El bien de la Nación y del Ejército, la salvación de esta leal é importante ciudad, exigen que diariamente me mandéis tres correos escoltados por 25 ó 50 caballos para que puedan entrar en la plaza por sorpresa. Es de absoluta necesidad que por este medio nos deis noticias de vuestra venida, del día en que vuestras tropas ataquen á los sitiadores, por qué puntos y la dirección que seguiréis, lo mismo el avance que tengáis en vuestra marcha. Esta última parte de vuestras instrucciones es de la más alta importancia, porque nuestra permanencia en Querétaro ya es casi imposible.

“Nuestro ejército ha desplegado en su crítica situación y en espera de los recursos que habéis de mandar, un heroísmo y un estoicismo sin igual; ante la patria y ante la historia seréis, pues, el único responsable de las consecuencias que resulten de vuestra tardanza, que ya excede á todo límite prudente.—*Maximiliano.*”

Estando rigurosamente sitiado Querétaro, era un absurdo pretender el envío de tres correos diarios, escoltados por 25 ó 50 caballos para que pudieran entrar en la plaza; además, sabiendo el Archiduque la situación de Márquez, sitiado en la Capital, ¿cómo le pedía auxilios á quien estaba en aptitud de necesitarlos?

No cabe duda de que Maximiliano ya no se daba cuenta de lo que estaba pasando en su derredor, pudiéndose decir de él, lo que Cervantes de su héroe manchego, esto es: “que tenía mal puestos los aposentos del cerebro;” y aunque Ramírez Arellano confiesa haber escrito la carta en cuestión, la firma del Archiduque revela, cuando menos, falta de criterio de éste al no fijarse en lo disparatado de su contenido.

En presencia de aquel violento estado de cosas, que no podía prolongarse más, celebróse una junta de guerra el 11. Mejía ofreció hacer un llamamiento al pueblo queretano, sobre quien se dijo que ejercería



grande influjo, y que sin embargo no dió resultado plausible, pues apenas unos 200 hombres fueron á alistarse bajo la bandera imperialista.

Maximiliano había encargado á sus Generales Miramón, Mejía, Castillo y Ramírez Arellano un informe acerca del estado que guardaba la plaza y de lo que fuera conveniente hacer; y el 14 presentaron aquellos jefes un extenso escrito en que se hacía una crítica acerba de la conducta de Márquez, se prodigaban grandes elogios al ejército imperial, lanzando algunas diatribas contra los republicanos, se trazaba una pintura dolorosa de la ciudad, imposibilitada para defenderse, y se concluía con presentar la siguiente proposición: "Atacar desde luego al enemigo hasta derrotarlo completamente, vencéndolo en todos los puntos de su línea: si las tropas imperiales fueran rechazadas en este ataque, evacuar inmediatamente la plaza, inutilizando completamente la artillería y todos los trenes, y rompiendo después el sitio á todo trance, único medio de salvar de la barbarie del enemigo el mayor número de soldados del ejército imperial."

Debilitado éste, como lo estaba, en sumo grado, pues que se hallaba reducido á cinco mil hombres contra más de treinta mil que contaba su adversario, se trataba de atacar á éste hasta derrotarlo completamente, y en caso de no conseguirlo, evacuar la plaza inmediatamente inutilizando la artillería y los trenes; es decir, "que el rompimiento del sitio se hacía depender de la derrota de los mismos que habían de romperlo."

Tan disparatado plan, y por lo mismo de imposible ejecución, da una idea del estado que guardaba el ánimo de los imperialistas, quienes en su desesperación lo aceptaron como último recurso de vida. Diéronse desde luego las órdenes para efectuar el ataque la noche del día 14, pero se difirió para la madrugada del 15, á petición de Méndez, que deseaba dirigir la palabra á los soldados de su antigua Brigada; sin embargo, á las dos de la mañana de dicho día, el convento de la Cruz fué ocupado por tropas republicanas, cayendo luego en su poder la plaza de Querétaro, y quedando prisioneros el Archiduque con su ejército y la mayor parte de sus principales jefes.<sup>1</sup>

1. Por tan plausible suceso, Escobedo expidió la siguiente proclama:

"Mariano Escobedo, General de División de la República Mexicana, en Jefe del Cuerpo del Ejército del Norte, y mandando las tropas que operaban sobre Querétaro.

"Soldados: A vuestro valor, constancia y sufrimientos debe la República uno de sus

Mucho se ha hablado y escrito con el objeto de inquirir las verdaderas causas de la caída de Querétaro: los vencidos, no conformes con su derrota, han declarado como causante de ella al Coronel imperialista Don Miguel López, quien, según afirman, por una suma de dinero entregó al Archiduque, su benefactor, y á los jefes que lo acompañaban.

Dan como razón, que dicho individuo pasó al campo republicano la noche del 14, á hablar con el General Escobedo; que se le vió entre los ocupantes del Convento de la Cruz, sin ser preso por éstos, lo que ha dado margen, y hasta visos de verosimilitud, á la anterior sospecha, que se ha hecho general y que ha sido aceptada por casi todas las personas que han narrado el hecho.

Era necesario escoger una víctima, pues un partido, por insignifi-

triosos, el mayor que se ha obtenido en la larga lucha que la Nación ha sostenido con los invasores y sus cómplices: la ciudad rebelde de Querétaro, el más fuerte baluarte del Imperio, después de una heroica resistencia de dos meses, digna de mejor causa, ha sucumbido. Fernando Maximiliano, el titulado Emperador, Miramón, Mejía, Castillo, y un sinnúmero de Generales, jefes y oficiales con toda la guarnición, son nuestros prisioneros. Faltaría á mis deberes de soldado y traicionaría mi conciencia de hombre libre, de mexicano leal, si callara vuestros heroicos hechos y vuestros más heroicos sacrificios.

"Con la fe del soldado que defiende la invasión de su patria, sin alimentos, y muchas veces sin un solo cartucho, desafiabais la muerte combatiendo sin cejar con numerosas tropas de traidores y extranjeros, provistos de toda clase de elementos de guerra, perfectamente fortificados y mandados por los mejores Generales del antiguo ejército, que por desgracia faltaron á sus deberes, aliándose con los invasores y sosteniendo hasta última hora al extranjero, que otro extranjero, el Emperador de los franceses, quiso colocar en un trono erigido con las bayonetas de sus soldados; pero éstos ya no existen: sus restos han huido á Francia á ocultar su vergüenza, cargando con las maldiciones de todo un pueblo, y llevando la triste nueva de que más de una mitad de sus camaradas pagaron con su sangre los caprichos de su amo.

"Compañeros de armas: nada importa que hombres ambiciosos, aspirantes de mala ley, hayan querido disfrazar vuestros hechos; la veraz historia colocará á cada uno en el lugar que le corresponda, y ni los enemigos de la República, ni los que quietos permanecieron en lugares ocupados por los invasores contemplando indiferentes su desgracia, se sobrepondrán á los que como vosotros habéis combatido sin tregua ni reposo por los sagrados principios de independencia y libertad.

"Soldados: en nombre de la República y del Supremo Gobierno, os felicito con toda la efusión de mi alma, y consecuente con el programa que me he trazado, seguiremos hasta afianzar la paz y el orden, y con ellos el porvenir de nuestra patria.

"¡Viva la República! ¡Viva la Independencia nacional!

"Cuartel General de la Purísima, frente á Querétaro, Mayo 15 de 1867.—M. Escobedo."